

*¡!!!Ande, ande y ande, la marimorena, ande, ande y ande
que es la Nochebuena!!!!*

El pasado sábado 20 de diciembre el Club culminó el apretado, variado, intenso y divertido calendario de actividades de este año 2014 a punto de finalizar.

Y lo culminó variando un poquito el programa por imperativo de la meteoerología, siguiendo inesperados derroteros ermitaños, de tal forma que el sábado 13 se programó una exigente y espectacular circular por la ruta de las ermitas rupestres de Yebra de Basa, en lugar de la circular del valle de los Sarrios.

El sábado 20 estaba previsto el belén montañero en Gratal pero finalmente nuestra querida María Jesús propuso como colofón montañero la ruta circular de Bolea, barranco y ermita de San Cristóbal y pozo de hielo, con belén montañero incluido, que, como era de esperar, fue un éxito de público y participación, dándonos cita 17 montañeros y un perro, Tibul.

Posiblemente la ubicación de una ermita dedicada a San Cristóbal en la cabecera del río Sotón, dando nombre al barranco, no sea casual. Informándome un poco leo que cuenta la tradición que San Cristóbal era un joven muy alto y dotado de enorme fuerza física. Era, quizá por ello, bastante fanfarrón y sólo quería servir al rey más grande. A tal fin se puso al servicio del rey más poderoso que conocía, pero ese rey se doblegaba en cuanto le nombraban al demonio. Buscó al demonio (que parecía era el más poderoso) y le sirvió un tiempo pero una vez, en una de sus correrías, el diablo vio una cruz y huyó despavorido. Cristóbal le preguntó que porqué había escapado de la cruz, y el diablo le dijo: "En esa cruz murió el Hijo de Dios, y por eso le tengo terror a la cruz". Entonces Cristóbal le dijo al diablo que él no era tan fuerte como creía, y que lo iba a dejar para buscar a ese Hijo de Dios, que ése sí era fuerte, y se fue.

Y empezó a recorrer los caminos en busca de ese rey tan poderoso, el más poderoso de todos. En ello estaba cuando se encontró con un viejo patriarca que le preguntó qué buscaba. Le contestó que al Hijo de Dios, que era el rey más fuerte. El anciano le dijo que la mejor manera de servir a ese Dios era ayudando a los viajeros a cruzar un peligroso y potente río que estaba cerca, dada la enorme estatura y fortaleza de Cristóbal.

Un día un niño le pidió que le ayudara a cruzar el río. Cristóbal lo cogió en brazos y empezó a andar. Sin embargo conforme avanzaba el niño pesaba más y más hasta el punto que cuando llegaron a la orilla opuesta ya no podía más. Le preguntó al

niño porqué pesaba tanto y éste le respondió que era el Hijo de Dios y que sobre sus hombros había llevado todo el peso de la maldad de los hombres. Por fin había encontrado a su Señor y desde entonces se llamó Cristóbal (del griego *Christoforos*) que significa *portador de Cristo*. El niño le prometió que el báculo que portaba en la mano florecería y se llenaría de frutos y así sucedió. Este es el origen de la palmera con la que se representa al Santo en muchos lugares.

Por ello las ermitas de San Cristóbal suelen ubicarse en las orillas de ríos.

Enmarcada la ermita en el contexto biográfico de su santo relato a continuación la excursión. Puntualmente en Casa Rufino (Bolea) tomamos el café mañanero y concertamos el servicio de huevos para cuando termináramos, previsión que se está convirtiendo felizmente en algo tan necesario como *la meteo que viene* y el *track* de la ruta. Tomado el café y acordados los huevos emprendimos la marcha envueltos en una neblina que luego fue dispersándose conforme íbamos ganando altura. Justo al tomar el desvío que nos iba a encaminar a la ermita de San Cristóbal apareció un cartel informando del desarrollo de una batida de caza mayor. ¡No nos iban a amedrentar!

Pertrechados de silbatos y fanfarria para avisar y advertir nuestra presencia, tanto a cazadores como a jabalíes (o jabalines) fuimos ascendiendo por la margen izquierda del desfiladero del río Sotón, encajados entre escarpados murallones de piedra en cuyo cauce discurrían recias las aguas del río.

La senda ganaba progresivamente altura y sin dejar de dar la cencerrada alcanzamos el primer objetivo del día, la ermita de San Cristóbal, adosada en la cabecera del barranco de su mismo nombre, junto al nacimiento del río Sotón pero en la orilla contraria. El nacimiento del río está ubicado en un rincón mágico, de contrastes de luz, roca, arbusto y agua. Su belleza fue la excusa para una primera serie de fotografías que dan fe e ilustran el maravilloso entorno donde nos encontrábamos.

La ermita está integrada en la roca de tal forma que pasa desapercibida si no te avisan del emplazamiento. Se accede a ella a través de una senda estrecha pero bien marcada y un paso en escalera un tanto aéreo. El rústico edificio de la ermita, pendiente de restauración (según he leído), está alojado en una balma de piedra que conforma la gran pared encañonada del barranco de San Cristóbal. Al ser edificio rupestre, la ermita tan sólo cuenta con una pared de cerramiento, en la que se encuentra una esquemática pintura mural de lo que podría ser uno de los Ángeles de la Anunciación. En su interior existen varias dependencias. Asimismo contó con coro sobre la puerta de entrada y con un tosco retablo de yeso prácticamente desaparecido en la actualidad. Ya lo veréis en las fotos.

En la sala más grande improvisamos el belén montañoso traído hasta allí por María Emilia, responsabilizándose Miñana de los decorados y atrezzo. Una vez todo en su sitio nos arrancamos por villancicos clásicos, de toda la vida, para celebrar el evento, cada uno a su manera y a su ritmo, rindiendo un emotivo y cariñoso tributo a nuestra Navidad.

Cumplimentado el objetivo del belén reemprendimos la marcha, ascendiendo vertiginosamente por una ladera empinadísima, unos por la senda marcada, otros, que no nos dimos cuenta, por la vía vasca, hasta alcanzar la pista de regreso a Bolea. El despiste fue unánimemente atribuido a Tibul, el silencioso y educadísimo perro de Juan, que nos acompañó toda la jornada y que, naturalmente, no pudo contradecirnos.

Por la pista llegamos a un bonito pozo de hielo, muy bien conservado y señalizado, desde donde descendimos ya todo lo que habíamos ascendido, por una senda en algunos tramos empinada pero cómoda de transitar, teniendo siempre a nuestra vista y a nuestros pies la Hoya cubierta por la niebla.

Finalmente y tras unas cinco horas de marcha llegamos a los coches y, de ahí, a los merecidos y riquísimos huevos en Casa Rufino, aunque algún veterano montañoso huevero cometió el error de pedirse el menú, cosa de la que se arrepintió. Como siempre fue momento de descansar, recordar las anécdotas, compartir conversación y resaltar lo bonito y entrañable de la jornada, con especial mención y agradecimiento a María Jesús por el acierto de la elección de la ruta.

Terminado el ágape unos emprendieron el camino de vuelta y otros hicimos una breve visita a la majestuosa Colegiata de Bolea, que, como sabéis, cuenta con uno de los retablos más bellos de nuestra tierra y cuya restauración ha devuelto el esplendor de antaño.

iiiiiiY eso es todo amigos!!!!!!!

¡¡FELIZ NAVIDAD Y PRÓSPERO 2015!!

José M^a Rodríguez Vela, Diciembre 2014